

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Una cruz



Allá adelantito, donde está la cruz marcada en el pavimento, ahí le dieron el primer balazo. Nos vamos a detener para que ustedes se hagan una idea. ¿Qué ocurre?, ¿dónde estoy?, ¿de qué se trata?... Es posible que todo esto sea un sueño, pero como dice Santa Juana de los Mataderos, aquél personaje de Bertolt Brecht: "En mis sueños, no hacía tanto frío". Así es que estoy despierto y bien despierto; así es que estoy en Dallas, Texas.

Ahora lo que procede es explicarles qué hago yo aquí. En principio, no sé. Después de un conciliábulo, había convenido con la madre de la criatura, que yo me haría cargo del ya crecido Bucles, mientras ella representaba a México en la tradicional orgía de las sub-70. En eso había yo quedado, pero resulta que la Rubia Misteriosa recibió un telefonema para que ella hiciera uso de sus buenos oficios y me convenciera de venir a la Feria Internacional del Libro en Dallas, Texas que iba a estar paaa-dre. Esto que ahora diré es un tardío homenaje a un lector bastante pandroso que se ofendió porque no fui a la Feria del Libro de Monterrey porque "no me habían llegado al precio". Espero que pare bien la orejeta y se entere de que por mi

presencia en esta feria cobré tanto como cero dólares, cero centavos. Lo hice por una razón que para mí es de gran peso: me lo solicitó el Servicio Exterior Mexicano representado por Adolfo Ayuso, el H. Cónsul Cultural de México en la tejanísima ciudad. Por eso no cobré, porque ya es premio suficiente saber que se está colaborando a crear una buena imagen de México en el extranjero.

Con tal motivo y en la grata compañía de la Rubia Misteriosa y del Dr. Fernando Curiel que también había sido reclutado para tirarle verbo a los tejanos, abordamos nuestro avión de Mexicana que nos pondría al otro lado de la frontera en aproximadamente dos horas y veinte minutos. El comité de recepción estuvo formado por el Cónsul Ayuso y ya. Del aeropuerto fuimos a conocer el antiguo y el nuevo consulado de México. En éste, varios operarios estaban montando una exposición de Rafael Cauduro extraordinaria. De ahí, fuimos trasladados a la zona residencial más elegante (una suerte de Tecamachalco, pero a lo bruto como proceden los tejanos).

Nuestro hotel se llama West End y me parece importante dar su nombre porque es uno de los peores hoteles del mundo. Y miren que me he alojado en tugurios miserables, en hoteles de paso, en casas de asistencia, pero el West End supera con ventaja hasta la peor conejera de esta galaxia. En la entrada del West End hay una manta que anuncia que pronto el hotel será incorporado a la cadena Crown Plaza, así es que si quieren conocer al West End en el esplendor de su horror, no lo piensen más y acudan hoy mismo.

Por la tarde, hicimos la peregrinación de John F. Kennedy y mi mente no sabía si reír o llorar con esa historia que ya comienza a ser antigua y que nos fue contada cual si fuera la del Callejón del Beso en Guanajuato.

Como en las buenas épocas de la alta burguesía europea que abría sus salones para los grandes artistas, los norteamericanos, con un leve retraso de dos siglos, hacen ahora lo propio y la atmósfera que se crea es igualmente encantadora. El Cónsul Ayuso nos pidió que lo acompañáramos a recoger a su inminente suegra y a su no menos inminente ñora. Así lo hicimos y ya completos y pertrechados nos apersonamos en la casa conocida como Baron House que está todavía al servicio de sus habitantes, pero también de la música y de los amantes de ésta.

Clarinete, piano y cello formaron el trío que nos permitió escuchar una aseada y juguetona versión del trío para clarinete y piano (Op. 38) de Beethoven. Si estuviéramos concientes de estas inesperadas visitas al paraíso, seríamos mucho más felices y serenos. Mañana le sigo.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MCDXI (1411) MONTIELITO.

Cualquier correspondencia con esta tejana columna, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx D.R.

